


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Sanborn, Joshua A.: *Imperial Apocalypse. The Great War and the Destruction of the Russian Empire*, Oxford, Oxford University Press, 2014.

Nicolás Poljak

Universidad de Buenos Aires
nikolaiopoljak@hotmail.com

Fecha de recepción: 22/09/2017

Fecha de aprobación: 02/10/2017

El centenario del estallido de la Gran Guerra ha dado lugar a un renovado interés en el campo de la historia académica respecto de los diferentes aspectos de la primera gran conflagración mundial. En este marco hemos asistido, particularmente en Europa, al desarrollo de numerosas investigaciones que, desde enfoques en muchos casos notablemente originales, han intentado arrojar luz sobre aspectos si no ignorados, definitivamente menos conocidos del gran conflicto que diera inicio a aquel célebre “corto” siglo XX al que hiciera referencia Eric Hobsbawm. Lo novedoso de muchas de estas nuevas investigaciones está dado tanto por su objeto de estudio como por su particular interpretación de los trágicos acontecimientos que se desarrollaron hace ya un siglo. En primer lugar, los trabajos más recientes han intentado ampliar el foco y analizar el rol desempeñado por las diversas naciones (y no sólo las grandes potencias) en el conflicto. De este modo, asistimos al surgimiento de perspectivas más globales, ya no circunscriptas, como en los enfoques más tradicionales, a un marco estrictamente

europeo centrado en los campos de batalla, lo cual ha permitido a muchos historiadores poner el foco en “otras áreas geográficas anteriormente consideradas periféricas, (...) como es el caso de los dominios coloniales y los países neutrales”¹. En segundo lugar, y como consecuencia directa de esta perspectiva que podríamos denominar “multinacional”, la cuestión de la descolonización es colocada en el centro de la escena, y si el rol desempeñado, por ejemplo, por las tropas australianas, neocelandesas o polacas en el conflicto es, con total justicia, rescatado, la gran cuestión, para muchas de estas investigaciones, es cómo la Primera Guerra Mundial dio inicio a una primera fase de descolonización, acaso no tan conocida como la que se iniciara luego del fin de la Segunda Guerra, pero no por eso menos importante.

Es en el marco de este novedoso enfoque, plasmado en el título de la colección *The Greater War* dirigida por Robert Gerwarth y publicada por Oxford University Press, que se inscribe el libro de Joshua A. Sanborn, *Imperial Apocalypse. The Great War and the Destruction of the Russian Empire*. En este sentido, el libro de Sanborn no se centra pura y exclusivamente en el imperio ruso, sino en el Frente Oriental en su conjunto² y, en definitiva, en una Europa Oriental entendida como un espacio transnacional (tal y como el propio imperio ruso) en el que alemanes, austriacos, polacos, serbios, armenios y otomanos son actores tan importantes como los propios rusos, en un gran juego de alianzas y confrontaciones cuyo resultado final será la caída de los cuatro grandes imperios de la región (imperio ruso, imperio alemán, imperio otomano e imperio austrohúngaro) y el surgimiento de nuevos Estados nacionales independientes. En este sentido, la Primera Guerra Mundial puede ser considerada, desde la hipótesis de Sanborn, nada menos que el marco en el que se produjo un auténtico proceso de descolonización en toda Europa Oriental, proceso que se extendió a lo largo de todo el conflicto, y aún más allá de la fecha que tradicionalmente se señala como fin

1 Sánchez, Emiliano: “Olivier Compagnon, *América Latina y la Gran Guerra. El adiós a Europa (Argentina y Brasil, 1914-1939)*, Buenos Aires, Crítica, 2014, 350 páginas”, en *Prismas*, No. 19, 2015, p. 240.

2 La descripción de las batallas y campañas que se hace a lo largo de la obra resulta impactante, y no sólo por lo vívido del relato, sino también por lo novedoso de gran parte de la información suministrada para el lector no excesivamente especializado en el tema. En este sentido, el autor acierta al considerar (p. 1) que nombres tales como los de Kalisz, Gorlice, Przemysl o incluso Tannenberg no conservan en la mentalidad colectiva del público occidental el mismo peso que los nombres del Marne, Verdún, el Somme o Passchendaele.

del mismo³. Se trató de una guerra signada desde el principio por el rechazo no al dominio de algún imperio en particular, sino de cualquier imperio, y por la defensa de la autodeterminación de las naciones de Europa Oriental.

En la introducción de su libro, Sanborn desarrolla el marco teórico a partir del cual se estructurará el desarrollo del mismo, y acaso uno de los puntos más interesantes de la obra sea la propuesta del autor de que los procesos de descolonización se desarrollan en cuatro etapas: 1) desafío al poder imperial por parte de ciertos miembros de las comunidades colonizadas; 2) fracaso y caída del poder estatal, ya sea por causas externas o internas; 3) desastre social, por medio de la acción de grupos armados que recurren a la violencia como forma de lucha política y económica ante el vacío de poder dejado por la disolución de la estructura estatal; 4) construcción de un nuevo Estado. A lo largo de la obra (dividida en seis capítulos, más la introducción y la conclusión, que presentan un modo por momentos narrativo o descriptivo pero con un alto grado de exhaustividad y un amplio apoyo en un impresionante corpus documental), el autor retorna, hacia el final de cada capítulo, a su hipótesis para constatar que las tres primeras fases del mencionado proceso tuvieron lugar, en Europa Oriental, durante la Primera Guerra Mundial. En el caso de los territorios del imperio ruso, fueron las mismas políticas de rusificación llevadas a cabo en las zonas periféricas del imperio a partir del reinado de Alejandro II las que acabarían resultando contraproducentes, al impulsar el desarrollo de identidades basadas en la cuestión nacional en comunidades en las cuales, fuera de las elites, las identidades más determinantes habían sido hasta ese entonces otras, en especial religiosas. La modernización del imperio ruso (mediante procesos tales como la expansión de la escuela pública y del servicio militar obligatorio o la relajación de la censura sobre la prensa) acabaría potenciando aún más el desarrollo de conciencias nacionales y movimientos nacionalistas, tanto entre los rusos como entre las demás naciones del imperio. Las reformas surgidas luego de la Revolución de 1905 (en particular, mediante la creación de la Duma)

3 También en este sentido la obra de Sanborn se inscribe en el marco de las nuevas investigaciones que han señalado que el 11 de noviembre de 1918 tan sólo implicó el fin de las hostilidades en el Frente Occidental. La prolongación de los combates en otros frentes, tales como el de la Guerra Greco-Turca o incluso los de la Guerra Civil Rusa, han llevado a diversos autores a sugerir una nueva cronología “larga” para la Primera Guerra Mundial, que dé cuenta de un proceso de reconfiguración del orden geopolítico internacional y que se extendería desde el estallido de las Guerras Balcánicas en 1912 (o incluso desde la Guerra Ruso Japonesa de 1904-1905) hasta 1922.

dieron lugar, desde la perspectiva del autor, a un cada vez mayor desarrollo de los nacionalismos, pero a su vez los canalizaron por una vía legal. Hacia 1914, por lo tanto, la descolonización no podía darse desde el interior del imperio ruso y, una vez más, la Gran Guerra acabaría por ser el factor determinante.

Ya en la introducción de su obra, Sanborn destaca que no sólo el Frente Oriental ha sido una temática relativamente olvidada por la historiografía tradicional (y de hecho, ya desde los años de la primera posguerra⁴), y pone el foco en otra de las regiones en las que se desarrolla el gran drama que analiza. Se trata, en este caso, de la península de los Balcanes que, según acertadamente destaca el autor, ha sido tradicionalmente considerada como un área geográfica y teatro de operaciones periférica, pero cuya centralidad debe ser recuperada, y esto debido al hecho de que, desde la óptica de Sanborn, el nacionalismo de los Estados balcánicos y principalmente de Serbia reviste un especial interés, al tratarse de un nacionalismo que considera *descolonizador*, y que luego de haber completado (con el apoyo de una Rusia que no obstante no buscaba alterar sustancialmente el equilibrio de poderes entre las grandes potencias) la expulsión del imperio otomano de la península se tornarían contra el imperio austrohúngaro, en especial luego de la victoria diplomática que había permitido a dicho imperio anexionar el territorio de Bosnia en 1908. Este carácter *descolonizador*, *anti-imperial*, y por demás agresivo del nacionalismo serbio (aún cuando las elites serbias, según Sanborn, en general no buscaban alentar una guerra que creían que Serbia no estaba aún en condiciones de ganar) acabaría por motivar el apoyo del *Reich* alemán a la respuesta del imperio austrohúngaro en julio de 1914. El estallido de la Primera Guerra Mundial a partir de “una estupidez en los Balcanes”, como señalaran las proféticas palabras de Otto von Bismarck, daría cuenta desde esta óptica de la maduración de un proceso creciente de descolonización en la región, proceso que la propia guerra acabaría por extender a la totalidad de Europa Oriental.

Una última cuestión a destacar tiene que ver con los efectos que la guerra tuvo en la población del imperio ruso y las transformaciones que en ésta desató. Y no es sólo a la Revolución de

4 Resulta en este sentido reveladora la cita que el autor hace de la obra de Winston Churchill *The Unknown War: The Eastern Front*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1931, en la cual, como puede apreciarse, el futuro Primer Ministro del Reino Unido se refería, ya en 1931, al Frente Oriental de la Primera Guerra Mundial en términos de “guerra desconocida” (p. 1).

1917 (desarrollada exhaustivamente en el capítulo 5 del libro) a lo que Sanborn hace referencia en este punto, pues la Revolución marcaría, en un punto, la culminación de un proceso que da cuenta de que, ya desde el estallido de la guerra, la movilización de las masas había implicado su irrupción en la vida pública y política de Rusia. De modo similar a lo que planteara Peter Fritzsche para el caso alemán⁵, esta movilización del pueblo a causa de la guerra implicó la aparición de un nuevo actor en la escena política rusa. A lo largo de aquellos sangrientos años, la guerra transformó las conductas y experiencias de diversos grupos de la sociedad rusa, particularmente de los soldados, al introducir nuevas formas de sociabilidad en el frente, un nuevo estilo de vida que podía sobreponerse tanto a las rígidas jerarquías sociales de la Rusia de preguerra como a las de la propia disciplina militar. A partir de entonces, los soldados serían el factor fundamental en la escena política rusa, especialmente en lo que respecta al surgimiento y consolidación de poderes a nivel local, siendo la máxima expresión de esto el ascenso de caudillos o “señores de la guerra”, como Sanborn los llama, que basaron su poder en la lealtad personal de las tropas a las que lograban comandar. El año de la Revolución verá la acentuación de este proceso, en particular a partir de la fracasada Ofensiva de Junio, cuyo objetivo original había sido el de disciplinar a un ejército en proceso de desintegración, y que acabaría por sellar la suerte del Gobierno Provisional. El énfasis puesto en el ascenso y caída de estos poderes locales da al análisis que el autor hace del proceso revolucionario un carácter marcadamente localista, que echa luz sobre los aspectos menos conocidos de la revolución, al apartar el enfoque de Petrogrado para analizar los acontecimientos del frente y, sobre todo, el impacto de la revolución en las diversas nacionalidades del imperio ruso. Los vaivenes del poder político y militar en estos territorios dan cuenta de lo avanzado del proceso de descentralización que se evidenciara en toda su fuerza en 1917. En particular, el fracaso del golpe de Estado organizado por el general Kornilov es un síntoma del momento en el cual el proceso revolucionario (entendido en términos de insubordinación a las jerarquías, fragmentación del poder y toma de decisiones “desde abajo”) alcanzó su máximo apogeo. La expansión de la violencia armada (que, tal como demostrara Enzo Traverso⁶, sería a partir de entonces un factor de-

5 Fritzsche, Peter: *De Alemanes a Nazis, 1914-1933*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

6 Traverso, Enzo: “Memoria y conflicto. Las violencias del siglo XX”, en Europa como asignatura, Conferencia llevada a cabo en el Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, 11 de noviembre de 2002. Disponible en http://www.cccb.org/rcs_gene/traverso.pdf [visitado junio de 2016].

terminante y omnipresente en la escena política del período) y la descentralización del poder del Estado, producto del fracaso del mismo bajo el reinado del Zar fueron dos fenómenos que se dieron de forma paralela y combinada. Al decir de Sanborn, “la violencia de los años de guerra revirtió la tendencia hacia el fortalecimiento del Estado de los años previos. En el transcurso de cuatro años, el Estado se debilitó, fracasó y luego colapsó por completo. El motor de esa transformación fue el combate contra los imperios centrales (que) fue crucial para el proceso de descolonización” (p. 249). Pero, al mismo tiempo, “las batallas tuvieron consecuencias a nivel individual también. Los soldados y civiles atrapados en el vórtice de la violencia se volvieron más brutales y fueron menos propensos a construir o sostener lazos por fuera de sus comunidades primarias. Se transformaron así en agentes de la destrucción imperial” (p. 249). Y si estos soldados que brindaron su apoyo a los bolcheviques, siendo decisivos para la victoria del partido de Lenin, exigían “paz” a medida que desertaban del frente, la propia consigna de “*todo el poder a los Soviets*” da cuenta de cuán avanzado se encontraba el proceso de descentralización y colapso del Estado imperial ruso.

En la conclusión de su obra, el autor dedica unas pocas páginas a analizar brevemente la reconstrucción que siguió al colapso del Estado zarista: en una visión original aunque en extremo acotada, Sanborn atina a señalar el carácter marcadamente anti-imperial del nuevo Estado soviético, a la vez que enfatiza aquellas continuidades en las que el legado del imperialismo ruso se hizo evidente, condicionando (por no decir determinando) la naturaleza del primer Estado comunista del mundo. Esta tensión entre una retórica enemiga del imperialismo en todas sus formas, que debía reivindicar el derecho de todas las naciones a la autodeterminación (y, por lo tanto, una forma de organización federal) y la tendencia a la centralización política (tensión cuya resolución cree ver Sanborn, en modo por demás interesante, en la dualidad Estado-Partido) conduce al autor a concluir en este sentido que “si la Unión Soviética no era exactamente un imperio resucitado, estuvo de todos modos profundamente influenciada por el legado imperial” (p. 261). Después de todo, el Estado soviético fue, desde esta óptica, un hijo de la Gran Guerra: un Estado post colonial generado al calor del conflicto e influido fuertemente por su dinámica.

Por todas las cuestiones mencionadas, no sería quizás exagerado afirmar que la guerra misma, por su propia naturaleza, evidenció el fracaso del Estado zarista y potenció el surgimiento de nuevos Estados independientes, pero, por sobre todo, destruyó las relaciones sociales y las tradiciones políticas imperiales, dando lugar de este modo primero a un nuevo tipo de sociedad, con sus propias reglas, forjadas al calor del combate, y a partir de ello, a un Estado de nuevo tipo. De este modo, podría afirmarse que la “comunidad de las trincheras” a la que tanto hiciera referencia Ernst Jünger en sus textos sobre sus propias experiencias en el Frente Occidental, aparece aquí también como actor histórico fundamental, en un Frente Oriental más extenso pero por alguna razón, como afirmara en su momento Winston Churchill, menos recordado, y que autores como Joshua Sanborn ayudan a rescatar del olvido.